

tencias en el Danubio. Elegidos los divanes de Valaquia y Moldavia y presentado el informe de la Comisión internacional, el veintidós de Mayo se reunió en París la Conferencia que había de fijar la suerte de los principados. Después de tres meses de debates, el diez y nueve de Agosto se estipuló que Valaquia y Moldavia, sin fundirse en un sólo Estado, tendrían las mismas leyes y el mismo ejército, formarían una alianza permanente, discutirían sus intereses comunes por medio de una Comisión central, compuesta de delegados del parlamento de Bucharest y del parlamento de Jassy, y elegirían libremente sus hospodares, que deberían ser indígenas. ¿Qué les faltaba para formar un solo Estado? Tan sólo que los dos principados eligiesen un mismo príncipe, y esto fué lo que les aconsejaron con energía los agentes franceses y rusos. Por este mismo tiempo, Servia, medio emancipada por los tratados de Andrinópolis y de París, pedía autonomía más amplia y más segura. La política austro-turca, representada en Belgrado desde mil ochocientos cuarenta y dos por el príncipe Alejandro Karageorgewitch, era detestada por la mayoría de la población, que pedía la vuelta del viejo Obrenowitch, cliente de Rusia. La agitación llegó á términos que, á fines de mil ochocientos cincuenta y ocho, Karageorgewitch tuvo que convocar, conforme á los antiguos usos, la *Skuptchina*, asamblea nacional, cuyo primer acuerdo fué pedir al príncipe que abdicase, á lo que éste hubo de acceder después de dos días de resistencia, el veinticuatro de Diciembre, refugiándose en la fortaleza de Belgrado, ocupada por las tropas turcas, desde donde invocó el socorro del ejército austriaco. El gabinete de Viena anunció la intención de enviarle algunos miles de soldados; contuvieronle Francia y Rusia, declarando que no estaban dispuestas á consentir que se violase el tratado de París. La *Skuptchina* designó para jefe del gobierno á Obrenowitch, cuya elección ratificó la Puerta el doce de Enero de mil ochocientos cincuenta y nueve, y si se negó el sultán á ceder el principado para siempre á título hereditario, como pedía la asamblea servia, dió á entender que su negativa era meramente formal. Pocos días después, el coronel Cuza, protegido de Francia y de Rusia, era elegido príncipe por unanimidad, el diez y siete de Enero en Moldavia, el cinco de Febrero en Valaquia, efectuándose de este modo la unión de las dos grandes provincias rumanas, conforme á los deseos de Alejandro II y de Napoleón III.

En estos instantes, á principios de mil ochocientos cincuenta y nueve, Cavour había terminado sus preparativos de guerra, y Napoleón III se hallaba en las condiciones más favorables para la empresa que meditaba. En Berlín, el príncipe Guillermo, investido desde el mes de Octubre de mil ochocientos cincuenta y ocho de la regencia á título definitivo, acababa de despedir á Manteuffel y conferir el gobierno á un pariente suyo, el príncipe de Hohenzollern, é inauguraba su nueva administración con vigoroso discurso en que convidaba á Prusia á conquistas morales. Napoleón III, para asegurarse de sus disposiciones, le envió á Pepoli, quien pudo convencerse de que el príncipe consideraba la

guerra en Italia como una necesidad histórica y estaba decidido á permanecer neutral, con tal que Francia no tomase la ofensiva. Muy pocos días después, el príncipe Napoleón fué á Varsovia, donde se hallaba el Czar, que le habló en términos semejantes y le dió á entender, además, que con su actitud militar contendría á la Confederación germánica. Reduciase, pues, la cuestión, para Napoleón III y Cavour, á hacer que Austria declarase la guerra, para lo que emplearon uno y otro singular astucia.

El primero de Enero de mil ochocientos cincuenta y nueve, en el acto de recibir el Emperador de los franceses al cuerpo diplomático, dijo al embajador de Austria: «Lamento que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean tan buenas como antes. Ruego á usted diga al Emperador que mis sentimientos personales para con él no han cambiado». Estas palabras, transmitidas inmediatamente, causaron en Viena profunda sensación. A los pocos días de esto, Victor Manuel, en la ceremonia de abrir las Cámaras piemontesas, habló en el discurso del cielo que se encapotaba, de las obligaciones patrióticas que incumbían á Cerdeña, y declaró que no podía permanecer insensible al *grito de dolor* que se escapaba de todas partes de la Italia oprimida. Esto era el diez de Enero. El treinta del propio mes, el príncipe Napoleón sellaba la alianza franco-sarda, casándose en Turín con la princesa Clotilde, hija de Victor Manuel. Por los mismos días, se daba á la publicidad, con el título de *Napoleón III é Italia*, un folleto inspirado por el Emperador de los franceses, en que se hablaba de transformar la Península en una confederación, cuya presidencia honoraria tendría el Papa y la dirección efectiva el rey de Cerdeña. Por último, en cinco días, del cuatro al nueve de Febrero, Cavour hacía votar al parlamento sardo un empréstito de cincuenta millones, para defender al Piemonte. A toda prisa se acumulaban tropas en Italia, reuniéndose á orillas del Tesino cerca de doscientos mil austriacos.

A Inglaterra se debió el que no se rompieran desde luego las hostilidades. El ministro Derby, no atreviéndose á declararse contra Francia, por ser la causa italiana muy popular en la Gran Bretaña y haber cooperado Napoleón III con su flota á las recientes victorias de Inglaterra en China, y temiendo al mismo tiempo que el Emperador de los franceses quisiese ganar demasiado en la guerra, ofreció, hacia mediados de Febrero, su mediación, que el gabinete de París no pudo rechazar y que Austria aceptó con gratitud. El veinticinco de Febrero llegaba á Viena lord Derby, y el nueve de Marzo estaba de regreso en Londres, si no con la certeza, con la esperanza de que la paz no sería perturbada. Pero los planes del gabinete inglés fueron desbaratados por Napoleón III y Alejandro II, quienes, hacia mediados de Marzo, propusieron reunir en congreso á las grandes potencias para resolver la cuestión italiana. Su intención era clara: si Austria no aceptaba el congreso, cargaba con todos los inconvenientes de declarar la guerra; si lo aceptaba, hallaríase á merced de Francia, Prusia y Rusia, que serían mayoría en la asamblea. El gobierno británico, sin disimular su mal humor, declaró el veintiuno de Marzo que

tomaría parte en el congreso, á condición de que se fijase de antemano el programa. Rusia, Prusia y Francia lo redactaron en estos términos: ¿De qué manera podría mantenerse la paz entre Austria y Cerdeña? ¿Cómo facilitarse la evacuación de los Estados romanos por parte de las tropas francesas y austriacas? ¿Qué reformas podrían introducirse en la administración de los Estados romanos y de los demás de Italia? ¿Cómo á los tratados concluidos entre Austria y los ducados podría sustituirse una confederación de los Estados de Italia, para su seguridad interior y exterior? El gobierno de Viena se manifestó desde luego contrario á este programa y, resuelto á ir á la guerra, cometió la imprudencia de pedir que Cerdeña fuese excluida del congreso y que se la obligase á desarmarse inmediatamente. Tan humillantes eran estas exigencias para la corte de Turín, que Inglaterra creyó deber atenuarlas proponiendo que, antes de abrirse el Congreso, todas las potencias accediesen á poner simultáneamente sus ejércitos en pie de paz. Cavour no perdonó medio de exacerbar el encono de Austria, hasta aquel grado de exasperación en que se deja de razonar y se descarga palo de ciego: dirigió un llamamiento conmovedor á los patriotas italianos, alentó la audacia provocadora de la prensa piemontesa y confió oficialmente á Garibaldi el encargo de formar un cuerpo de voluntarios. A primeros de Abril, la corte de Viena tomó la irrevocable resolución de declarar la guerra, sin que fueran parte á contenerla sino muy pocos días los esfuerzos de Inglaterra. Creía arrastrar consigo á toda Alemania, incluso Prusia, contar con la benévola neutralidad, ya que no con la alianza, de Inglaterra, y que Francia no había terminado aun los preparativos de guerra; y animada con estas ilusiones, á mediados de Abril, cuando Inglaterra esperaba la respuesta á sus últimas proposiciones, dirigió al gobierno sardo un *ultimatum*, amenazándole con la guerra si no procedía acto continuo al desarme. Enterado Cavour de que Austria iba á dar este mal paso, adoptó una actitud conciliadora, declarando el veintiuno de Abril, cuando ya el *ultimatum* había salido de Viena, que se adhería á la propuesta del desarme general. El veintitrés llegó á Turín el oficial encargado de notificárselo, y el astuto ministro saltaba de contento al leer intimación tan brutal. Tres días se le daban de plazo para responder, transcurridos los cuales, Cavour contestó resueltamente que no, lo que equivalía á declarar la guerra. Inmediatamente, el gobierno francés participó á Europa que no abandonaría á su aliado injustamente atacado, siendo vanos los desesperados esfuerzos que todavía hizo Inglaterra para mantener la paz, ofreciendo de nuevo su mediación. El veintinueve de Abril, las tropas austriacas, al mando de Giulay, precedidas de una proclama amenazadora, comenzaron á pasar el Tesino; el treinta, Víctor Manuel publicó dos decretos, confiando por el uno á su primo, el príncipe Eugenio de Saboya-Carignan, la lugartenencia general del reino mientras el rey mandaría sus ejércitos, y otorgando por el otro una amnistía completa á todos los condenados por delitos políticos; en fin, el tres de Mayo, el Emperador anunciaba al público su inten-

ción de emancipar á Italia hasta el Adriático, y el doce desembarcaba en Génova, dirigiendo al ejército un manifiesto, en que le decía que iba á secundar á un pueblo para reivindicar su independencia y redimirle de la opresión extranjera, le recordaba el antiguo ejército de Italia y le animaba con la frase: «El ejército de Italia será digno de su hermano primogénito». Las tropas de los beligerantes eran próximamente iguales, unos ciento ochenta mil hombres por cada parte.

Desde que Napoleón III llegó á Italia, los aliados tomaron la ofensiva. Giulay, en vez de marchar derechamente hacia Turín, que no hubiese podido resistirle, perdió quince días en reconocimientos, sin avanzar más que hasta Novara, y cuando desde este punto quiso seguir adelante, cuatro cuerpos del ejército francés, formando un efectivo de cien mil hombres, unidos á los cincuenta mil soldados de Víctor Manuel, protegían la capital del Piamonte, y un quinto cuerpo, á las órdenes del príncipe Napoleón, partía para Toscana. Al norte, Garibaldi, con sus cazadores de los Alpes, rodeó la derecha de los austriacos, se apoderó de Vareso y, en unas cuantas semanas, llegó victoriosamente hasta Como. Pero los grandes golpes se descargaron al mediodía. El ejército francés simuló concentrarse al sur del Pó y amenazar á Placencia, y Giulay, dejándose engañar, se fué hacia esta plaza con el grueso de sus fuerzas, topando con el enemigo en Montebello, donde, sin embargo de no pelear más que contra ocho mil aliados, cosechó el veinte de Mayo el primer fracaso. Con esta falsa maniobra, Giulay había dejado desamparado el camino de Milán, é inmediatamente los franco-piamonteses, por un rápido movimiento envolvente hacia la izquierda, se lanzaron sobre el Sesia, cuyo paso forzaron el treinta y uno de Mayo en Palestro, y dos días después, franqueaban el Tesino por Turbigo y Buffalora. El austriaco, que había vuelto á llevar sus tropas hacia el norte, se empeñó en pararlos en Magenta, donde se trabó la batalla el cuatro de Junio. Giulay llevó ventaja al Emperador, que, casi aislado con su guardia, corrió unos instantes gran peligro, hasta las cinco de la tarde, en que la oportuna llegada del general Mac-Mahón cambió la segura derrota en brillante victoria. Cuatro días después, mientras Baraguey d'Hilliers arrollaba en Melegnano los restos del ejército vencido, Napoleón III y Víctor Manuel eran recibidos en Milán con aclamaciones delirantes y llevados, en medio de una lluvia de coronas, á oír cantar el *Tedeum* en la catedral. Desvanecido por el éxito, el Emperador dirigió á los italianos una proclama arrebatadora, declarándoles que no iba á imponerles su voluntad y que su ejército no pondría obstáculo á la libre manifestación de sus votos legítimos. «No desaprovechéis, les decía, la fortuna que se os ofrece. Vuestro deseo de independencia, por tanto tiempo esperado y tantas veces burlado, se realizará si os mostráis dignos de ella. Uníos en un solo fin: la emancipación de vuestro país. Organizáos militarmente, volad á ponerlos bajo las banderas del rey Víctor Manuel..... y animados del fuego sagrado de la patria, no seáis hoy más que soldados; mañana seréis ciudadanos libres de un gran